

Ese oscuro objeto del deseo

Por:

Carlos Domínguez,

en *Los registros del deseo*.

Del afecto, el amor y otras pasiones, c.2,

Desclée, Bilbao, 2001, 31-48.

Una noción humana cuanto más fundamental es, más dificultad ofrece para ser delimitada suficientemente. Así ocurre con la noción de deseo. El mismo lenguaje refleja esta dificultad cuando bajo el mismo término se refiere a realidades que, sin embargo, podríamos fácilmente diferenciar. El deseo puede ser entendido como una estructura humana que expresa una aspiración de fondo nunca cumplida o también como una concreción particular, determinada de esa aspiración de fondo, equivalente a lo que designamos también con términos como anhelo, ganas, aspiración, etc. En este sentido, habría que determinar que una cosa es el deseo como movimiento o tendencia básica (la *epithymia* de los griegos como pasión o deseo básico y su equivalente latino de *concupiscencia* [1]) y otra diferente los deseos como formulaciones explícitas de esa tendencia en relación a alguien o a algo.

El deseo, que constituye un concepto nuclear dentro del psicoanálisis contemporáneo no llegó, sin embargo, a figurar entre los términos de los que Freud ofreciera una teoría más o menos específica, tal como llevó a cabo con otros conceptos afines como los de pulsión o libido [2]. La misma terminología freudiana no es clara y precisa al respecto. El término *Wunsch* frecuentemente empleado por Freud designa no tanto la formulación explícita del deseo sino el movimiento que busca reproducir unas satisfacciones primeras. En este sentido, no se diferencia suficientemente de otros términos también empleados como los de *Begierde* o incluso, *Lust* en tanto movimientos de apetencia. Ha sido, sin duda, dentro de la obra compleja y polémica de J. Lacan, donde el término deseo ha llegado a encontrar un lugar de primer orden en el conjunto de la teoría analítica actual. Esta teorización será tenida en cuenta en nuestras reflexiones, sin que, por otra parte, nos reduzcamos a ella. Más bien, seguiremos la línea expuesta por A. Vergote en una de sus últimas y más importantes obra [3], en la que con el término "deseo pulsional" pretende recoger lo más valioso del concepto freudiano de pulsión y, en particular, su vinculación íntima con el estrato corporal ("cuerpo libidinal"). Al mismo tiempo, el término "deseo pulsional" se desvincula de una concepción demasiado ligada a la sexualidad, entendida en su vertiente más explícitamente erótica y genital [4]. El deseo hace relación al placer, como modo de satisfacción autónoma que se va ligando a una serie de representaciones (imágenes, ideas, recuerdos) a lo largo de la historia particular de cada uno. Esa unión del placer con la representación, es la que se expresa con términos como "me gusta", "quiero", "amo", términos todos que expresan una disposición activa hacia esos objetos que se han ido cualificando afectivamente a lo largo de la historia. El deseo pulsional es, pues, una realidad estructurada por representaciones y afectos, que posee la cualidad general del placer y que habla de una disposición activa.

El término pulsional, por otra parte, pretende tener presente el enraizamiento corporal que el deseo presenta, su enraizamiento último en el campo de lo biológico. Por otra parte, sin embargo, con este concepto de deseo pulsional se toma distancia respecto a la concepción junguiana de libido, entendida como un mero interés general, inespecífico, desligado de sus estratos corporales. El concepto de deseo pulsional, pues, es un dinamismo abierto, más amplio que la sexualidad entendida en sentido estricto, pero no tan

amplio como Jung quiere entender el término "libido" haciéndolo equivalente de un interés general. Se tiene así muy presente, pues, que el interés del deseo es específicamente el placer y la evitación del displacer.

LA SEPARACIÓN EN EL ORIGEN DEL DESEO

Sólo a partir de nuestra condición de *seres separados*, adquirida desde el día y por el hecho mismo de nuestro nacimiento, podemos acercarnos a comprender la dinámica originaria del deseo humano. Porque, en efecto, lo que constituye una realidad elemental y una evidencia física que no escapa mínimamente a nuestra consideración (*Yo no soy tú. Me eres, en una medida infranqueable, distante y diferente*) moviliza, sin embargo, una de las resistencias más profundamente enraizadas en nuestro mundo afectivo [5].

En alguna medida, existe en nosotros de modo permanente una aspiración a la fusión, a la recuperación de un estado originario (cuya representación pro-totípica vendría dada por la situación intrauterina) en el que no tendría lugar distancia ni diferencia alguna. Somos de ese modo deudores de una satisfacción que míticamente se tuvo. Y lo que fue realidad física mediada biológicamente el día de nuestro nacimiento (la separación del cuerpo de la madre) no llegará a llevarse a cabo, a un nivel psíquico, sino mucho más tarde. Sólo cuando se posea la capacidad para asumir una separación básica, sin vuelta atrás, respecto al imaginario materno. Efectivamente, tal como lo expresó Nicodemo, no puede el hombre entrar otra vez en el vientre de su madre y volver a nacer. Y (haciendo una lectura en otro orden de cosas diferente al de la Teología), es cierto también, tal como le respondió Jesús, que sólo por el espíritu se nace auténticamente al nivel de lo humano. Porque *de la carne nace carne, del espíritu nace espíritu* (Jn. 3,6). Es decir, que sólo mediando un complejo proceso, lo que fue la separación biológica que nos entrega a la vida se podrá hacer realidad como separación psíquica que nos haga sujetos humanos de pleno derecho. Y, por ello mismo, sujetos separados y, en cuanto tales, permanentemente deseantes.

Ello tiene que ver con el hecho de que la separación primera supone un desgajamiento que nos constituye esencialmente como falta. Pero una falta, que en su origen es tan radical, que de ninguna manera puede ser asumida y aceptada como tal. El recién nacido, por ello, para asegurarse de no ser él mismo falta, como modo de negar esa separación que le resulta intolerable, se constituye imaginariamente a sí mismo como lo que colma la falta del otro, es decir, la falta de la madre de la que fue desgajado. Puesto que lo que colma el deseo del otro no puede en él mismo ser una falta. Pero esa pseudo-restitución de la unidad prenatal perdida en la que, de modo alucinatorio, vive el recién nacido bloquea, al menos provisionalmente, y de la manera más radical, el acceso al deseo. Hará falta, pues, toda una larga y compleja historia de elaboraciones psíquicas para que el ser humano llegue a asumir su condición de ser separado, de sujeto faltante, que, por ello, mismo no podrá sino desear.

En esa larga y compleja historia el Edipo, como más adelante veremos, se presenta como el momento culminante en el que se consagra, a un nivel superior, la separación que tuvo lugar en y por el nacimiento. Nacemos de nuevo, ahora sí, como sujetos humanos, al asumir y hacer nuestra esa separación que se lleva ahora a cabo por la mediación del símbolo paterno. La situación edípica se muestra de este modo como un momento decisivo en la estructuración de la subjetividad y de la constitución del sí mismo.

La separación será por siempre, sin embargo, brecha abierta, herida jamás plenamente cicatrizada, falta de fondo, falta de ser, desfondamiento original constituyente que abre y origina la fuerza de lo que llamamos el deseo. Dinamismo que, al mismo tiempo, nos

constituye como sujetos y que genera una aspiración latente a recuperar lo perdido. *Siempre de lo perdido canta el hombre* (Agustín García Calvo).

EL DESEO IGNORADO Y SU CONFLICTIVIDAD

Uno de los aspectos fundamentales, si no el fundamental, de la investigación psicoanalítica sobre la sexualidad radicó en resaltar su dimensión inconsciente. El deseo pulsional hunde sus raíces fuera del alcance de la conciencia, dejando, por tanto, de ser perceptible para nosotros mismos, controlable según nuestro antojo, modificable según nuestra conveniencia. Difícil cuestión ésta de aceptar, por lo que supone de herida para nuestro narcisismo en su pretensión de conocer y manejar todo lo que se mueve en nosotros. Pero como tan bellamente lo expresó Paul Ricoeur, *cuando dos seres se abrazan, no saben lo que hacen; no saben lo que quieren; no saben lo que buscan; no saben lo que encuentran* [6]. Difícil cuestión, en efecto, para una "ciencia" de la sexualidad.

La historia personal, que va marcado la configuración afectivo-sexual de cada uno, irá forzando a una ineludible división del sujeto en una diferenciación entre lo que es posible y lo imposible, entre lo permitido y lo negado. A partir de una serie de procesos que más tarde analizaremos (capítulo IV: El largo camino del deseo), el deseo pulsional irá también desplazándose y localizándose en esa amplia zona de ignorancia, marginada de la conciencia, que permanecerá por siempre sin palabra. Es el reino de lo Inconsciente; masa profunda de hielo que, sumergida tras la superficie visible del mar, sostiene la pequeña punta del iceberg que es lo que conocemos.

Desde la profundidad de lo inconsciente, sin embargo, el deseo mantendrá su fuerza y exigirá secretamente la realización de sus más viejas aspiraciones. Contra ellas, de modo permanente y, las más de las veces, oculto también, se alzarán las defensas y las prohibiciones. El conflicto, pues, se presenta como una ineludible dimensión de la estructura sexual humana. Conflicto que, como acertadamente se ha dicho, es *normal* y que solamente se constituye en algo verdaderamente problemático cuando ese conflicto se constituye en *la norma*. Es decir, cuando de manera importante perturba y obstaculiza las dos tareas básicas que centran nuestra estabilidad personal: trabajar y amar. Todo dependerá de la diversa estructuración defensiva que cada uno haya acertado a elaborar en esta difícil dinámica. Pero habrá que admitir que cierto grado de conflictividad es inherente a nuestra dinámica afectiva y habrá que saber aceptar serenamente que, tal como analizaremos en capítulo V: (Asumir la ausencia), nunca se verá del todo realizada nuestra permanente tarea de maduración personal.

El conflicto es, pues, en un grado u otro, inherente a la dinámica del deseo. La ley, la norma y la prohibición siempre le acompañan. Prescripciones que variarán según los momentos y espacios culturales, pero que forman siempre parte de la obligada estructuración y limitación que el deseo necesita para dar paso a la cultura, a lo que denominamos como "naturaleza humana". Lejos estamos ya de aquella "ilusión" etnocéntrica de los antropólogos europeos que, al no percibir las mismas prescripciones sobre la sexualidad que existían en su propia cultura, creyeron en la existencia de un "primitivo feliz" que vivía de modo "natural" y en plena espontaneidad su mundo de deseos, sin limitación cultural alguna. Donde hay sexualidad hay ley. Donde hay sociedad y cultura hay limitación y estructuración obligada del deseo pulsional. Y el modo en el que se lleve a cabo el encuentro entre el deseo y la ley va a determinar el modo y el grado de conflictividad que la dinámica del deseo pueda comportar.

La vida del deseo, por lo demás, se ve indisolublemente ligada a un opuesto, un anti-deseo o contra-deseo que es el odio y la agresividad [7]. Desde los primeros momentos le

acompaña, uniéndose a él como aliado o, incluso, sometiéndole como instrumento para sus propios y opuestos objetivos, como es en el caso del sadismo o masoquismo. El amor y el odio, la vida y la muerte se hacen indisociables también en interior de cada sujeto humano. Y esa ambivalencia profunda, que el psicoanálisis reconoció como uno de los rasgos más distintivos de la afectividad humana [8], será paralelamente fuente de conflicto y de culpabilidad. No hay, pues, deseo sin ley, ni deseo que no se vea acompañado por la sombra del odio y la agresividad. Más adelante volveremos a ello.

EL OBJETO IMPOSIBLE

El carácter inconsciente de nuestra realidad pulsional significa que, en buena medida, vivimos sin saber cuáles son las motivaciones, los impulsos, los miedos y los deseos que forman parte de nuestras decisiones y opciones de vida. Por eso resulta tan fácil equivocarse en las opciones afectivas que las personas realizan en sus vidas y, por esto también nos vemos obligados a aceptar que nadie puede estar nunca plenamente seguro de haber logrado un equilibrio y una estabilidad en este terreno. Nada está garantizado de por vida en el ámbito de nuestro mundo afectivo sexual. En cualquier momento puede encenderse un fuego que se creía apagado, desencadenarse una tormenta en el día más apacible y clareado o venirse estrepitosamente abajo aquel edificio de aparente fortaleza, construido con empeño y trabajo durante años.

Pero, además, es obligado también aceptar que todas aquellas aspiraciones rechazadas en el ámbito inconsciente no permanecen en un estado de inerte o de mero reposo. Desde su estado latente esas dimensiones afectivas juegan siempre un papel y una acción, tras el telón, determinando el conjunto de la dinámica personal de quien las ignora, coloreando pensamientos, generando atracciones y rechazos, movilizand o defensas o misteriosas simpatías y antipatías. Es cierto que en pocas otras dimensiones de la existencia la determinación de lo que ignoramos pueda actuar de modo tan poderoso sobre nuestras creencias, prejuicios o valoraciones.

Pretendidamente, el epígrafe del presente capítulo alude al título del último film de Luis Buñuel (1977). Ningún otro cineasta logró movilizar nuestra emoción del modo en que lo hizo el director aragonés, justamente, introduciéndonos a través de las imágenes en la imposible búsqueda del objeto del deseo. Quien desee aprender algo sobre el deseo bien puede, pues, acercarse a la obra fílmica de Luis Buñuel mejor que a cualquier otra bibliografía. No en vano los psicoanalistas se interesaron siempre vivamente por su obra.

Se ha dicho, y con razón, que el cine de Buñuel es el de la subversión de valores. Y su germen subversivo lo encuentra precisamente en el potencial del deseo y en su capacidad para poner en cuestión el mundo establecido que pretende impedir su realización. Religión, familia, educación, convenciones sociales, las fuerzas vivas, fuerzas represivas son siempre señalados y denunciados como agentes represores del deseo. El deseo es lo que preside todos los enunciados de la escritura buñueliana, ya sea pretendiendo directamente abrir la puerta del inconsciente como hace en sus primeros films surrealistas *El perro andaluz* o en *La edad de oro*, ya sea, convencido de la imposibilidad de visualizar directamente el inconsciente, mostrando las huellas de la imposible persecución del deseo a través de sus sueños y síntomas. Es lo que vemos en films como *Viridiana* (1961) o *El ángel exterminador* (1962), en la espléndida y poco conocida *El* (1952), o, en sus últimas creaciones *El discreto encanto de la burguesía* (1972), *El fantasma de la libertad* (1974), o *Ese oscuro objeto del deseo* (1977). Como afirma Jesús G. Requena, el texto buñueliano nos habla al mismo tiempo de la imposibilidad de enunciar el deseo y de la posibilidad de enunciar sus obstáculos y, a través de ellos, la posibilidad de trazar la

topología de la represión que no es otra cosa que la imagen negativa de su zig-zag.

Efectivamente, como maravillosamente lo captó Buñuel, es oscuro el objeto del deseo. Se satisfacen las necesidades y se realizan ciertas aspiraciones. El deseo, sin embargo tan sólo metafórica o metonímicamente puede encontrar realización. Dicho de otro modo, sólo a partir de sustituciones y deslizamientos, a través de los innumerables objetos que se configuran en nuestra vida, el deseo puede encontrar algún tipo de cumplimiento, pero siempre con sucedáneos y sustituciones. Esos objetos (un amor, un proyecto, una aventura...) parecen presentarse ante nuestro ojos nimbados con la luz del objeto fallante del deseo. Bastará alcanzarlos para comprobar, fatalmente, que, en realidad, el objeto verdaderamente añorado no estaba a nuestro alcance. Es esencialmente heterogéneo a la realidad que nos parecía presentar sus signos. Razón por la cual, toda satisfacción abre inexorablemente a una nueva insatisfacción [9].

La frustración aparece siempre de algún modo, incluso cuando realizamos nuestros más ardientes deseos. Lo cual nos hará comprender la importancia que en cualquier proyecto pedagógico debe desempeñar la educación en la tolerancia a la frustración, como único modo de evitar el desencadenamiento de la violencia contra el agente de la frustración o contra uno mismo, en forma de autoagresión.

Se satisfacen las necesidades. Es decir, se elimina la tensión interna desencadenada en nuestro organismo a partir de una acción específica que procura el objeto adecuado. El alimento calma el hambre. Ese objeto logra restablecer el equilibrio perdido de la tensión necesitante. El agua apaga la sed. Pero no hay objeto para extinguir el deseo y, por eso mismo, son infinitos los objetos que pueden parecernos propicios para apagar su sed. La cadena, por suerte, nunca acaba. El objeto del deseo no hará nunca acto de presencia en nuestras vidas porque, en su aspiración última, el deseo remite a un fantasma, a la reconstrucción de un paraíso que, por otra parte, nunca existió sino en el mito elaborado por nuestra fantasía. El deseo se muestra de esta manera como la ligazón a un pasado que ningún presente acertará nunca a deshacer, aunque, a diferencia de la necesidad, no cierra en el presente y en uno mismo sino que nos abre y nos empuja hacia el futuro y hacia lo otro [10].

QUIMERAS O ESPERANZAS EN LA DINÁMICA DEL DESEO

Animal de realidades, tal como lo definió J. Zubiri, el ser humano parece, sin embargo, condenado a enfermar de ilusiones. Y resulta realmente costoso sanarse de esa tendencia que nos arrastra a lo ilusorio una y otra vez sin escarmiento. La carencia que se inscribe en el corazón mismo de nuestro deseo, ese hueco y esa falta que nada ni nadie puede llenar, constituye el origen de la inevitable alienación que, en multitud de fantasías, se encuentra siempre dispuesta a renacer. El deseo se muestra de esta manera como un hijo de la angustia y como padre de la ilusión.

De modo permanente el objeto del deseo parece realizar su epifanía para mostrar de inmediato el espejismo de nuestra expectativa o percepción. Como si existiese una inexorable pregnancy delirante en nuestra relación con la realidad. La relación amorosa, particularmente en la fascinación que vive en período de enamoramiento, parece ilustrar como ninguna otra situación esa dinámica ilusionante del deseo. *El amor es ciego* decimos con toda razón.

La ilusión, de ese modo, se nos muestra con esa significativa equivocidad que el término posee en español, a diferencia de lo que ocurre en otras lenguas europeas. La ilusión puede ser el espejismo engañoso, pero también la aspiración imaginaria, la expectativa fantaseada. Efectivamente, encontramos en el Diccionario de María Moliner que la ilusión es definida como "imagen formada en la mente de una cosa inexistente",

pero también como "alegría, felicidad que se experimenta con la posesión, contemplación o esperanza de algo" [11]. La ilusión, pues, puede ser una creación mental, producto exclusivo del deseo, o puede, por el contrario, surgir del encuentro entre el deseo y la realidad, encontrando su soporte en ambos polos. "Tener ilusión" es algo, en efecto, muy diferente de "hacerse ilusiones". Y "no ser un iluso" no es igual a vivir "desilusionado" [12].

Julián Marías en su *Breve tratado de la ilusión* [13] nos da cuenta del cambio semántico, extraño y original, que se opera en el uso español del término a partir del romanticismo y que, sin embargo, los diccionarios tardaron bastante en recoger [14]. ¿No es prodigioso -escribe Julián Marías- que la palabra *illusion*, engaño, escarnecimiento, burla o error, palabra resabiada, cautelosa, escéptica, haya venido a significar la versión inocente, activa, confiada, amorosa hacia la realidad, y sobre todo la realidad personal"?

La actitud que se adopte frente al mundo depende del modo "ilusionado" o "desilusionado" con que se interprete la realidad. Una realidad que, no lo olvidemos, es siempre, de un modo u otro, interpretada. La ilusión, puede corresponder entonces a un modo de mirarla y de enfrentarla en el que el futuro aparezca como una posibilidad para la realización de unas expectativas, todavía hoy incumplidas. La ilusión, por eso es fuerza anticipatoria. Ella intenta hacer presente, en la fantasía, lo que todavía no es. Evidentemente, desde la incertidumbre (donde muestra su distancia respecto al delirio) y con todo el riesgo de llegar a pervertirse en lo ilusorio.

De modo particularmente penetrante D. W. Winnicott, a partir del estudio de lo que llamó el *objeto transicional*, ha puesto de relieve esa necesaria implicación de la ilusión en el desarrollo y maduración de la personalidad [15]. Desde este punto de vista, la ilusión, como hija del deseo, cumple una función fundamental en el desarrollo de nuestros ideales y propósitos vitales. Es una fuerza poderosa en el desarrollo psíquico humano y un alimento permanente de creatividad y de salud.

Desde esta perspectiva, el empuje ilusionante del deseo debe ser considerado como un motor permanente que nos impulsa a no permanecer nunca quietos, inertes o paralizados por la desesperanza o la apatía. El deseo, como dinámica que necesariamente desencadena un desnivel entre lo encontrado y lo anhelado, se convierte así en base de nuestros dinamismos más fundamentales. Puede ser considerado, por tanto, también como el soporte de nuestra inquietud y la base para el desarrollo de la esperanza. El empuje permanente que nos moviliza desde lo que es a lo que quizás pudiera ser.

Evidentemente serán otras dimensiones de la antropología, diversas de las psicológicas en las que pretende situarse este conjunto de reflexiones, las que podrán guiarnos en la averiguación de "lo que cabe esperar" y de su correspondencia o no con las aspiraciones últimas del deseo humano. Aquí tan sólo cabe señalar que la dinámica deseante se presenta como el soporte o la infraestructura de las búsquedas del sujeto humano, con independencia de que esa búsqueda crea poder encontrar un objeto o, finalmente, se llegue al convencimiento de que ella misma no es sino una *pasión inútil*, que se quema y auto-destruye en su mismo desear.

Desde la perspectiva psicológica en la que aquí estamos situados sí cabe, sin embargo, plantearse una cuestión fundamental. La de la diferencia existente en la dinámica deseante que conduce a la quimera (por no referirnos a la del delirio o la alucinación psicótica) y la que daría pie para convertirse en el soporte del aliento vital y de la esperanza. Como veremos más adelante, en los capítulos dedicados a los temas del desarrollo y maduración del deseo pulsional (IV y V), tan sólo mediante la progresiva aceptación de nuestra condición de "seres separados"; es decir, en el reconocimiento de una ausencia inscrita en el corazón de nuestro deseo, podemos liberarnos de la quimera que nos pierde, para acceder a un dinamismo que, desde la realidad, se empeña en ilusionar algo mejor. Sólo

desde el reconocimiento de la soledad que nos constituye como sujetos, el mundo puede entreabirse como un horizonte llenos de posibilidades,

LOS HIJOS DEL DESEO

Es absolutamente cierto que sobre gustos no hay nada escrito, que hay gente para todos los gustos y gustos para toda la gente. El deseo, en efecto, genera toda una arborescencia multiforme de aspiraciones, anhelos, ansias, apetencias, afanes, ambiciones, ganas, antojos y caprichos que, en cada cual, se van conformando al hilo de su propia historia. Cada cual va elaborando, siempre de modo particular y único, su propia fantasía, lo que constituye su *noche mas hermosa*, por expresarlo con el título que le dio F. Colomo a aquella película, en la que toda una serie de personajes van proyectado sus fantasías más secretas y variopintas en una noche expectante de fenómenos cósmicos bajo el cielo de Madrid.

La historia de cada cual tiene la última palabra. Una palabra que se irá escribiendo a través de las gratificaciones obtenidas y de las fantasías con ellas movilizadas. A partir de ahí se irán generando nuevos y específicos anhelos, que cada cual elabora a partir de las siempre complejas vicisitudes de su biografía y, fundamentalmente, de sus relaciones y encuentros interpersonales. Se hablará por ello en este mismo número de la revista de la tipología de los deseos.

Pero si la historia es la que tiene la última palabra en la elaboración de los propios anhelos, no siempre será fácil o posible siquiera descifrar esa palabra. Ni por el propio sujeto que la porta. Los auténticos objetos del deseo pueden quedar por siempre ignorados, escindidos de la conciencia a través de la represión. Permanecen así en el ámbito de lo inconsciente, dejando ver tan sólo determinados aspectos parciales y siempre deformados de ellos. Todo unos complejos procesos intervienen para que la emergencia del deseo quede suficientemente camuflada. La elaboración de los sueños y de los síntomas neuróticos son los únicos caminos por los que esos deseos ignorados pueden hacer algún disimulado acto de presencia [16].

El precio es alto, sin embargo, cuando se hace grande el campo de los deseos excluidos. La inautenticidad se convierte en la regla. Con todo derecho se puede afirmar entonces que no sabemos lo que queremos. Y lo que es peor, podemos hacer derivar nuestra vida por caminos que no son sino la expresión de deseos equivocados. Invadidos por el deseo de los otros podemos acabar ignorando cuáles son nuestro propios deseos. Aspiración a la vida religiosa, por ejemplo, que esquiva un anhelo más profundo y prohibido de permanecer por siempre ligado a la figura materna o de mantener al margen una afectividad orientada homosexualmente; deseo de una vida de pareja que se construye en función de unas sintonías éticas o ideológicas, pero que ignora sus componentes afectivos más profundos y quizás con menos posibilidades de engarce; deseo de optar por una profesión que responde tan sólo a la tendencia de complacer los deseos paternos, pero que no responde a las propias capacidades y aspiraciones más personales, etc. Se podrían multiplicar, evidentemente, las situaciones que responden a estas equivocaciones en el deseo.

La ignorancia respecto a los propios deseos puede generar igualmente situaciones que, aparte de inauténticas, deriven en una importante mutilación personal o en el conflicto abierto. Nuestras aspiraciones profundas pueden llegar a convertirse en tendencias incompatibles y encontradas entre sí. Y, en este sentido se podría afirmar que, en un grado u otro, todos somos testigos de deseos encontrados en nuestro interior y, por ello mismo, partícipes de una cierta medida de conflictividad interna. Pero los hijos del deseo pueden llegar a originar una guerra tal en el interior de la personalidad, que llegue al punto de que el sujeto se vea reducido a ser meramente el escenario de una batalla y que sólo le quepa

ya la condición de espectador sufriente. Las propias aspiraciones conscientes poco podrán hacer para establecer siquiera un alto el fuego.

La incompatibilidad de nuestros deseos puede, de igual manera, cortocircuitarlos y dejarnos paralizados en la imposibilidad de llevar a cabo la realización de algunos de ellos. Cuenta la leyenda que un hada bondadosa quiso conceder la realización de tres deseos a una pobre y desgraciada pareja que vivía en la indigencia más absoluta. La infeliz mujer, justo al terminar de oír la promesa del hada sintió un agradable olor de salchicha recién asada. No pudo reprimir su deseo de disponer de inmediato de tan sabroso manjar. El deseo fue de inmediato realizado. Su marido, sin embargo, enojado con la pérdida de una de las tres espléndidas posibilidades en la realización de un deseo tan vulgar, sintió un terrible enojo contra su mujer. La rabia le hizo desear que la nariz de su esposa se convirtiera en lo más parecido a la salchicha por ella solicitada. El deseo fue igualmente hecho realidad. La situación se dejó ver en todo su patetismo: para la buena mujer, verse afeada de tal modo y, para su desdichado marido, tener una esposa con un rostro semejante. Tan solo quedaba un deseo por realizar. Evidentemente éste tan sólo podía ser el de remediar el efecto de los dos anteriores y volver a la situación primera en la que se encontraban. Así les fue concedido. Finalmente, pues, todo quedó como al principio y la oportunidad de salir de su desgraciada situación quedó por siempre perdida. La divertida historia manifiesta lo que, en más de una ocasión y de modo poco divertido, ocurre en el interior de nuestro mundo desiderativo.

LA BIOGRAFÍA SUSTITUYE A LA BIOLOGÍA

Como adelantábamos en el capítulo precedente, uno de los datos más fundamentales en la comprensión del deseo pulsional radica en el carácter esencialmente biográfico, histórico, que lo va configurando. El concepto biológico de instinto que utilizó ampliamente la psicología para comprender el dinamismo comportamental de los animales, se queda corto cuando intentamos comprender la conducta del ser humano en el ámbito afectivo-sexual. Ésta ha desbordado con mucho la esfera del instinto sexual biológico que tiende esencialmente a la reproducción y a la supervivencia de la especie y se ha transformado en una fuerza, un empuje que, como deseo pulsional, aspira a esa imposible fusión que hemos analizado. El dato posee una importancia de primer orden para comprender aspectos fundamentales de la afectividad y del amplio campo del desear que se abre en el ser humano.

Uno de los principales investigadores en las pasadas décadas en el campo de la motivación sexual ha sido Frank Beach. Su proposición es que la excitación sexual se hace enormemente variada y compleja a medida que se asciende en la escala filogenética y que la variedad de conductas sexuales en que se empeñan los animales superiores está correlacionada con el desarrollo de sus cortezas cerebrales. El control hormonal en los animales inferiores cede el puesto a un control neurológico en los animales superiores. En este sentido, afirma F. Beach que, en el curso de la evolución, el grado con que las hormonas sexuales controlan el comportamiento sexual, va remitiendo progresivamente, con el resultado de que el comportamiento humano se hace relativamente independiente de esta fuente de control [17]. Los experimentos realizados por éste y otros investigadores sobre la castración artificial ilustran esta progresiva complejización de la sexualidad. En animales inferiores, la castración supone la práctica anulación de las funciones sexuales. A medida que se avanza en la escala animal, tal determinación va perdiendo poder, hasta llegar al hombre, donde la castración no supone en absoluto ninguna pérdida del interés sexual ni reducción en la frecuencia de copulación y placer [18]. El influjo del medio ambiente va de este modo cobrando progresiva importancia en la determinación de la conducta sexual.

Según se avanza en la evolución de los patrones sexuales ya no están estereotipados ni se guían por señales específicas; resultan casi totalmente dependientes del aprendizaje individual. Como afirma C. A. Tripp, con cada progreso del cerebro, se ha ido produciendo una relajación progresiva del control específico fisiológico sobre la sexualidad [19]. La sexualidad del hombre muestra, en este sentido, un progreso máximo: la capacidad de imaginar una oportunidad, de planearla y de encontrarse a punto y dispuesto antes de que ésta ocurra.

En íntima concordancia con estos datos, el psicoanálisis, ha revolucionado por su parte también el concepto de sexualidad humana. Según ya vimos, ésta ha dejado de comprenderse como una fuerza biológica al servicio exclusivo de la reproducción de la especie para pasar a ser considerada como una fuerza (*pulsión*) que, partiendo del organismo aspira, en última instancia, a la satisfacción de un deseo imposible: un encuentro fusional, totalizante y placentero. La dirección concreta y particular que dicha fuerza va a tomar en cada sujeto vendrá esencialmente configurada por las vicisitudes de su acontecer biográfico.

Como veremos, más adelante, ni siquiera la orientación psicosexual en la heterosexualidad o la homosexualidad será ya una mera cuestión de instinto y biología. Desde los *Tres ensayos...*, Freud es claro al respecto: *Para el psicoanálisis, la falta de toda relación entre el sexo del individuo y su elección de objetos masculinos y femeninos (...) parece constituir la actitud primaria y original, a partir del cual se desarrolla luego el tipo sexual normal o invertido, por la acción de determinadas restricciones y según el sentido de las mismas* [20]. Tal separación original entre la pulsión y su objeto viene a coincidir es la expresión de ese dato que la biología nos ofreció: la progresiva relajación de los controles específicos de la sexualidad que trae aparejada, entre otras cosas, el que la masculinidad o femineidad de un sujeto no dependa tanto de imperativos biológicos cuanto de condicionamientos culturales y psicológicos. A partir de esta desconexión originaria entre la pulsión y el objeto, la heterosexualidad, pues, no aparece como algo espontáneo sin más, sino explicable a partir de una historia determinada. A este respecto, Freud afirma: *"En un sentido psicoanalítico, el interés exclusivo del hombre por la mujer constituye también un problema, y no algo natural, basado últimamente en una atracción química"* [21]. Biografía, historia, medio ambiente, pues, serán los referentes fundamentales para comprender esa realidad de considerable amplitud que estamos denominando deseo pulsional y que en la especie humana ha desbordado de modo tan sorprendente al instinto sexual. En el análisis y comprensión del deseo pulsional se hace obligado evitar la trampa de lo que Carlos Castilla del Pino ha llamado la "falacia biologista", sobre todo en la valoración de lo masculino y femenino: el error epistemológico según el cual se extrapola lo puramente biológico a lo psicológico y social: Que duda cabe que las diferencias biológicas existen. Existen unos órganos genitales en la mujer que son completamente distintos de los órganos genitales del hombre. Existe todo un sistema endocrino en la mujer que funciona de una manera completamente distinta, cualitativa, anatómica y fisiológicamente distinta de cómo funciona en el hombre. Pues bien, llevar la diferenciación biológica de lo femenino y de lo masculino, es decir, de lo sexual, de hombre y mujer, a la diferenciación psicológica y social, es la falacia biologista [22]. *Ser genéticamente hombre o mujer no equivale necesariamente a ser masculino o femenino, categorías mucho menos rígida y, en un sentido, bastante más compleja que aquellas. La masculinidad o la femineidad es un carácter desconocido que la Anatomía no puede aprehender*, señaló Freud atinadamente [23].

El deseo pulsional, pues, como fuerza cuya dirección puede ser muy heterogénea abre ante el ser humano un campo muy amplio de posibilidades. Para su bien y para su mal. Esa es la ambigüedad que deriva de la enorme riqueza que la naturaleza brindó a la persona. Es

muy amplio el campo de los objetos a los que el deseo pulsional puede vincularse. A diferencia de lo que ocurre en el mundo animal, son muchos los posibles registros por los que el deseo pulsional se puede canalizar.

LOS DIVERSOS REGISTROS DEL DESEAR

La radicalidad de las estructuras del deseo en la constitución misma del sujeto humano, así como la contingencia de sus objetos de satisfacción a través de la plurideterminación que se opera por la actuación conjunta de incidencias psicobiográficas y de las condiciones socioculturales en las que nos toca vivir, hacen que la acción de ese deseo venga a extenderse por todos los campos de la actividad humana. Cabe por ello, y siempre estará justificado, el intento de llevar a cabo una hermenéutica del deseo en cualquier ámbito de esa actividad. No todo será el deseo, pero el deseo estará en todo quehacer en el que el sujeto humano ponga su mano, en el intento permanente de solucionar la carencia que se encuentra en su base.

Resulta incuestionable que el deseo se encuentra presente de modo primario y directo en el ámbito de nuestro mundo afectivo-sexual. Aun entendiendo éste con toda la amplitud que le concede el psicoanálisis, el deseo se manifiesta ligado esencialmente a este ámbito específico de lo humano que es la corporalidad. Allí encuentra su génesis y en él se desenvuelve de modo primario y sustancial. En ningún otro espacio como el de la sexualidad se puede activar la aspiración a lograr una fusión que rompa los límites que impone nuestra distancia y diferencia. La búsqueda del otro en el encuentro sexual pretende, en último término, tal como lo expresó Platón en *El banquete* con su mito de la división del ser humano, regresar a un estado anterior en el que no existía la dualidad y la separación que impone la diferenciación de los sexos.

Pero la búsqueda de un otro con el que acortar distancias, la distancia que marca nuestra separatividad inicial, puede establecerse también en registros muy diferentes de las relaciones interpersonales. Si la pareja entre dos seres de diferente sexo constituye su modelo y paradigma fundamental, tampoco será el único modo en el que el deseo humano exprese su intención primera. También la relación con el mismo sexo ha sido y será siempre una vía por la que el deseo se ha expresado de mil maneras y a lo largo de toda la historia y todas las culturas. Lo homosexual, tal como veremos más adelante, constituye una dimensión presente en todo deseo humano y se hará potente y fundamental en la orientación psicodinámica de muchos sujetos.

Guardando su intención más explícitamente erótica y sexual, el deseo pulsional animará y estimulará igualmente el vínculo cálido y cercano que los seres humanos pretenden en la relación de amistad. También ahí, el deseo será la fuerza que empuje a la comunicación y al encuentro entre los seres humanos sin mirar la diferencia o la igualdad de los sexos. Vínculo nacido desde la gratuidad y la libertad, la amistad se animará con la fuerza del deseo y se culminará en el compromiso ético, como el mejor fruto de este importante registro del desear.

El amor que une en la fuerza del deseo tampoco se detendrá en conceder sus beneficios a la propia realidad personal. Narcisismo, autoestima, buen sentimiento de sí mismo, serán expresiones de ese amor que recae sobre la propia realidad con todos sus beneficios y también con todos sus riesgos. Porque -como más adelante tendremos ocasión de ver- también en el narcisismo o en la autoestima hay "amores que matan".

Desde ese espacio primero donde el deseo se juega su configuración esencial, su acción se despliega como vemos, en complejas e importantes mutaciones, a través de los diferentes vínculos que el ser humano va estableciendo con todo su entorno. Pero también

las grandes pasiones humanas del saber, del poder o del tener se ven impregnadas por esta dimensión desiderativa, que encuentra en ellas y en sus formaciones socio-culturales respectivas cauces para su particular dinámica de búsqueda y de satisfacción. El deseo se articula así en diversas modalidades de demandas con las que va obteniendo sus satisfacciones y sus inevitables frustraciones. Arte, ciencia, religión, economía, política...se ofrecen, pues, como campos en los que el deseo corre de modo más o menos perceptible y con diversos mecanismos de actuación. La sublimación del deseo pulsional juega así un papel básico en nuestro devenir como seres de civilización y cultura.

Dentro de estos campos "sublimales" de la experiencia humana, el religioso, constituye probablemente, el espacio en el que el deseo puede pretender más intensamente la prosecución de sus aspiraciones más hondas. En la unión con Dios, el deseo completaría su mayor expectativa de fusión amorosa, de totalidad y *de* falta de limitación. Es la experiencia mística, en la que el deseo muestra de modo eminente su última pretensión de totalidad y de eliminación de cualquier distancia con el objeto amado [24]. Pero a ello volveremos en el último capítulo.

Son muchos, pues, y variados los registros del deseo pulsional. Y son muchas también las incidencias socioculturales que marcan las peculiaridades de esos diferentes registros del deseo. Cada época y cada cultura deja ella sus huellas en los modos en los que esos registros del deseo: familia, pareja, homosexualidad, sentido de la amistad, etc. se ven fuertemente condicionados por las señas de identidad cultural en cada época. Merece la pena, pues, reflexionar sobre los cambios que en nuestros días han acaecido sobre este mundo de nuestros afectos, amores y pasiones.

CITAS:

1. El concepto de *concupiscencia* sólo adquirió su sentido más peyorativa (expresión de la dinámica del pecado) bajo el influjo de la filosofía estoica. Como sabemos, el término griego correspondiente de *epithymia* es empleado en el Nuevo Testamento para expresar un deseo o anhelo que puede ser aplicado también a realidades santas como, por ejemplo, al deseo de la revelación de Dios (Mt. 13,17).
2. Una de las definiciones más elaboradas sobre el deseo que encontramos en *La interpelación de los sueños*, 1900, O.C., I, 689.
3. *La psychanalyse a l'épave de la sublimation*, Ed. du Cerf, Paris 1997. Cf. especialmente 96-113. A. Vergote diferencia libido y sexualidad. Por libido entiende el dinamismo psicológico carnal que anima todas las actividades corporales con el fin de encontrar allí fuentes de placer. La libido se vehicula en necesidades biológicas y, desde ahí, se hace autónoma. Definir la libido por el principio de placer significa para Vergote describir el psiquismo como un sistema que se organiza de tal manera que sitúa las condiciones para que aparezca el placer, que es su finalidad. El objeto es lo que hace posible la efectuación de esa finalidad y lo que le llena de una significación definida. En ese sentido el fin y el objeto al que se ata es la causa de la actividad pulsional. No una causa mecánica, porque la libido no pertenece al campo de las ciencias que trabajan con ese concepto de causa. El dinamismo psíquico que es la libido se despliega en las actividades que permiten y que provocan el sistema de vida que es específico de lo humano: ser de cuerpo dotado de lenguaje. Entendiendo así la libido, el deseo pulsional, como algo más amplio que la sexualidad se comprende que, a través del narcisismo y por la mediación del Ideal del Yo, ese deseo pulsional pueda transformarse por una parte en pulsión sexual y por otra parte también en un dinamismo que se despliega en otras actividades. El ser humano goza tanto de estas últimas, que ellas le alejan de las necesidades que tienden a contraerlo en sí mismo. *Ibid.*, 258-259.

4. Cf. A. VERGOTE, *Ibid.*, 111.
5. Toda la teoría del desarrollo de Margaret Mahier se centra también en este gran tema de la separación. Esta gran psicoanalista explica el desarrollo psíquico en función de la simbiosis inicial y del proceso de separación- individuación que va teniendo lugar. Desde un autismo normal primitivo, se pasa a una fase simbiótica, a la que siguen cuatro subfases a través de las cuales se va produciendo el proceso de individuación. Cf. M. MAHLER - M. FURER, *Psychose infantile. Symbiose hîimaine et individuation*, Payot, Paris 1973.
6. *Ibid.*, 141.
7. Prescindimos ahora aquí de toda problemática sobre el carácter innato, instintivo, biológico o el carácter aprendido, socio-cultural de la agresividad. Como sabemos, para Freud, posee un carácter originario, no secundario, tal como lo expresó en su obra *Más allá del principio del placer*, 1920, O.C., III, 2505-2545. Frente a esta postura se sitúan los que ven la agresividad como derivada de la frustración y de los condicionamientos sociales. Sobre este tema Cf. M. KLEIN - J. RIVIÉRE, *Amor, odio y reparación*, O.C., vol. 6, 101-172 H. MARCUSE, *La agresividad en la sociedad industrial avanzada y otros ensayos*, Alianza, Madrid 1971; N. JEAMMET, *La haine nécessaire*, París 1989; AA.VV., *Violence et destruction: Revue Francaise de Psychanalyse* 48 (1984) 917-1093.
8. El concepto de ambivalencia aparece en el análisis de la neurosis obsesiva del llamado "hombre de las ratas". Cf *Análisis de un caso de neurosis obsesiva*, 1909, O.C., II, 1441-1480.
9. Se comprende así la relativización que lleva a cabo Freud cuando se refiere al objeto de la pulsión. No es el objeto lo que define de modo más radical a la pulsión, sino la misma fuerza originada por ella con independencia del objeto con que él pueda satisfacerse. Cf. *Tres ensayos para una teoría sexual*, 1905, O.C., II, 1169-1237.
10. Esta diferenciación entre necesidad y deseo realizada por J. Lacan la aplicó bellamente al ámbito de la oración el psicoanalista y jesuita francés D. VASSE, en su obra *Les temps du désir*, Ed. du Seuil, Paris 1969.
11. Diccionario de uso del español. Credos, Madrid 1998, s.v. Ilusión.
12. Ya he indicado en otro lugar (*Psicoanálisis y religión: diálogo interminable*, Trotta, Madrid 2000, 170-176) que el psicoanálisis de habla hispana debería emprender una reflexión sobre esa bipolar; -dad que el término ilusión posee para nosotros. Desde su etimología latina que la relaciona con el juego (*illusio*, procede de *illudere*, cuya forma simple es *ludere*, jugar) fue adquiriendo progresivamente el carácter de *engaño*. Así se deja ver en el *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* de Sebastián de Covarrubias de 1611 ("cosa en apariencia diferente de lo que es") y es así como adquiere fuerza en toda la literatura barroca del siglo de oro, especialmente en el lenguaje de la ascética y mística. El demonio es un maestro en el arte de crear ilusiones, torpes engaños para el alma incauta.
13. Alianza, Madrid 1984.
14. Según Julián Marías, es Espronceda el descubridor del nuevo sentido de la voz "ilusión". Los diccionarios, en efecto, tardaron en hacerse cargo de esa nueva significación. En 1845 el *Nuevo Diccionario* de Salva mantiene el sentido de engaño, así como el *Diccionario de la Sociedad Iliteraria*. Todavía hoy el Pequeño Larousse lo define como "error de los sentidos o del entendimiento", identificando "ilusionado" por "engañado". El primer atisbo del nuevo sentido lo encontramos en el *Diccionario Nacional* de Domínguez donde aparece como "Objeto concebido por la fantasía, creación imaginaria, deleitable, halagadora, que haría la felicidad del individuo si se realizase, pero que casi siempre raya en lo imposible". Toda esta tradición lexicológica se perdió, sin embargo, cabiéndole a María Moliner el honor de reincorporar en 1967 el doble sentido que, de hecho, posee para nosotros. El Diccionario de la Real Academia española no recogió la vertiente positiva de esta voz hasta 1982. Cf. J. MARÍAS, *Ibid.*, 10-37.
15. Cf. *La naturaleza humana*, Paidós, Barcelona 1993; *Playing ana Reality*, Tavistock, London 1953; D. WULFF, *Psychology of Religion. Classic ana Contemporary views*, John Wiley & Sons, New York 1991.
16. A la determinación de esos procesos inconscientes dedicó Freud uno de los capítulos más importantes (y también difíciles) de su obra *La interpretación de los sueños*, con el título

- de *Psicología de los procesos oníricos* (O.C, I, 660-715). Como sabemos, la tesis central de la obra es que el sueño, tras su aparente caos y confusión, oculta siempre una realización de deseos, generalmente ligados a experiencias infantiles que mantienen un carácter indestructible. Sentido análogo de realización de deseos encontró también en la formación de los síntomas neuróticos (O.C., I, 560-564).
17. Cf. F. BEACH - C. L. FORD, *Patterns of sexual behavior*, Harper & Row, New York 1969, 266.
 18. Cf. la obra citada en el primer capítulo: F. S. KELLER - W. N. SCHOENFELD, *Fundamentos de Psicología*, 262-268.
 19. C. A. TRIPP, *La cuestión homosexual*, Edaf, Madrid 1978, 40-41.
 20. S. FREUD, *Tres ensayos para una teoría sexual*, 1905, **O. C.**, II. Nota añadida en 1915, 1178.
 21. *Ibid.*,
 22. C. CASTILLA DEL PINO: *Femenino-Masculino: Argumento* (Oct. 1979), 23. Cf. también M. RUSE, *La homosexualidad*. Cátedra, Madrid 1989, 212-217.
 23. *La feminidad*, 1931, O.C., III, 3165.
 24. En este tema me detuve en el estudio *Experiencia mística y psicoanálisis. Fe y Secularidad*- Sal Terrae, Madrid-Santander 1999, donde se puede encontrar una mayor información bibliográfica.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.W. *El desorden de los deseos*: Communio 22 (2000).
- AA.VV. , *La soledad*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1969.
- DOLTO, E, *Solitude*, Gallimard, Paris 1994.
- FREUD, S., *La interpretación de los sueños*, 1900, O.C., I.
- FROMM, E., *El miedo a la libertad*, Paidós, Buenos Aires, 1971.
- KRISTEVA, J., *Historias de amor*, Siglo XXI, México 1987.
- LACAN, J., *Escritos*, I y II, Siglo XXI, México 1971-1975.
- MAHLER, M. - FURER, M., *Psychose infantile. Symbiose humaine et individnation*, Payot, Paris 1973.
- NASIO, D., *Sobre la teoría de J. Lacan*, **Gedisa, Barcelona** 1998. *Enseñanza de siete conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Gedisa, Barcelona, 1993.
- RIFFLET-LEMAIRE, A., Locan, Edhasa, Barcelona 1971. VASSE, D., *Les temps du désir*, Ed. du Seuil, Paris 1969. VERGOTE, A./ *La psychanalyse a l'épreuve de la sublimation*, Cerf, Paris 1997. WINNICOTT, D.W., *La naturaleza humana*, Paidós, Barcelona 1993.

24.

MAIOR